



CUANDO el balompié, entre la exaltación y el desánimo de los españoles, parece haber logrado la ejecutoria de nuestra fiesta nacional, ya nadie recita aquella cuarteta de D. Ricardo de la Vega, compuesta con énfasis legitimista en medio de los dimes y diretes de una porflada polémica. Una gran parte del país abandonó los cosos para entrar en los estadios, ya que el fútbol es un espectáculo de masas; mientras que en los toros, a pesar de las plazas monumentales, ni los toreros, no obstante la adulteración de la propaganda, ni el público, aunque se haya contagiado de la pequeñez de las reses y de la magnitud de los emolumentos, han perdido su acento personal. Esta otra parte del país consiente en asistir a las corridas de toros, con una conciencia y esperanza mesiánicas, para evitar la absoluta invasión de las plazas por los extranjeros y para mantenerse en la línea fatalmente histórica de que tras una mojiganga o charlotada siempre adviene el "fenómeno".

El sainetero D. Ricardo de la Vega versificaba como un profeta al advertir que: "Esta es la fiesta española,—que viene de prole,—y ni el Gobierno la abole—ni habrá nadie que la abola"—; pero sólo la sagacidad de Juan Belmonte ha dado en el quid completo de las filias y de las fobias alrededor de las corridas de toros. Filias y fobias políticas en las que andan metidos los Gobiernos. En el libro que Pérez de Ayala publicó bajo la coyunda de política y toros no he encontrado la similitud ni el parentesco de ambas actividades humanas, puesto que el escritor las analiza como vicios de nuestra psicología, como perversiones nacionales, en un tiempo de oposición de Pérez de Ayala frente al Estado y en un tiempo de descomposición de los partidos liberales, en el que se aludía por cada cual a la Dictadura. Así, con inconsecuencia e incoherencia, el belmontista Ramón Pérez de Ayala declaraba: "Si yo fuera dictador de España, suprimiría de un plumazo las corridas de toros. Pero entretanto que las hay, continúo asistiendo". En cambio, Juan Belmonte, dentro de un prólogo pedido por D. Natalio Rivas para su obra sobre la Escuela de Tauromaquia de Sevilla, ha descubierto el porqué de los pros y los contras suscitados durante un siglo en torno de lo que debía haber sido una unanimidad nacional.

Belmonte se coloca en la España de 1830, cuando oficialmente se tuvo en cuenta el cuerpo y el alma de los toreros, y a continuación comenta la medida: "Desde luego se ve que nace con un sello político, en una época de grandes luchas, y que tenía que despertar la repulsa del bando contrario. Este bando contrario representaba las ideas políticas nuevas, influidas por el liberalismo, que, naturalmente, tuvo que motejar a la escuela del partido contrario. Como al final triunfó esa política, la escuela fracasó. Al lector se le ocurrirá preguntar ¿qué porvenir hubiera tenido la fiesta taurina si sucede lo contrario? Que el bando triunfante hubiese patrocinado la escuela y, en general, las corridas de toros, y personajes con influencia en la oposición, la hubieran elevado a la categoría..." Tales suposiciones, sin acabar, de Juan Belmonte aclaran el secreto de que el belmontista Ramón Pérez de Ayala hiciese remilgos espirituales a una inversión que se le entraba por los poros, aceptando como mal menor su concurrencia a la fiesta y sin rechazar el mal mayor, el máximo mal de un odio antiguo a los toros, porque reinando Fernando VII se había pretendido educar y proteger la vida de los toreros. De estos rencores anti-fernandinos se ha nutrido, a las claras o inconscientemente, una postura de los taurófilos, cuyas razones eran más arbitrarias que razonables. Sopesando en justicia el Intendente sevillano D. Francisco Arjona la dialéctica que se esgrimía para defender o impugnar con silogismos las corridas de toros al fundarse la Escuela de Tauromaquia, no halló un adarme más de peso en ninguno de los dos brazos de la balanza; aunque su juicio particular, como protector de la Escuela, fuese que puesto que discutiendo no había vencedores ni vencidos se atendiese a salvar y a favorecer a una clase de españoles que tradicionalmente habían demostrado valor y honra, en la búsqueda de un renombre y de un patrimonio.

Las corridas de toros tienen que entenderse del lado de los toreros, quienes son los únicos que representan las virtudes innatas de nuestro pueblo. Dejamos el toro a las Sociedades protectoras de animales o a los laboratorios de psicología experimental; pero no se puede prescindir de los toreros, que pertenecen a las castas más tenaces y pertinaces de España. Si un investigador historiase los entronques de las familias toreras, se revelaría que ciertos abolengos de origen cordobés son más indelebiles que los pergaminos de la nobleza, ya que esta aristocracia campeadora—el Cid Campeador fué el primer matador de toros conocido—y campera se renueva con sus contactos continuos con la tierra. La tierra, de donde salió Adán, es también la cuna y el barro de los toreros, cuyas estirpes campesinas no pueden olvidarse ni en el momento en que surge el toro colindante con la Reconquista, cuando el campesinado andaluz se queda sin la propiedad de la tierra; ni en el instante de su desarrollo dieciochesco como torero a pie, contemporáneo con el estudio de Jovellanos acerca de la reforma agraria, ni en la ocasión del siglo XIX, cuando se cuajan todas las invectivas ante el torero y cuando se promulgan las leyes liberales de los años 1836, 1841, 1855 y 1888, que arrebatan las últimas tierras a los pueblos y a los pobres; ni en las tardes veraniegas de las corridas actuales, en las que detrás de cada feria hay una cosecha recogida y un público en función de la espléndidez o penuria del grano.

A pesar del sentimentalismo de la diatriba, tan inconsecuente como cualquier argumento de los liberales, lo más genuino de nuestro torero son

las capeas, donde se emplean los carros de la labor y donde la agricultura está presente en la plaza. El torerillo de la capea ha contemplado los campos circundantes, obteniendo su fuerza al contacto con la tierra, lo mismo que Anteo. Cuando el torero ha conseguido la fortuna emplea sus caudales en la adquisición de fincas rústicas, de cortijos; lo que es una manera rumbosa de expropiar el terreno. Esta hambre de tierra, más que hambre de popularidad, es la que anima a los primeros toreros del siglo XVIII, siglo revolucionario hasta en la misma España, cuyos primeros Borbones se opusieron a las reivindicaciones de la torería, como expulsaron a los jesuitas. Los usurpadores estaban en contra de cualquier demanda de restitución, así es que fué muy sangrienta y difícil la aventura al torero rondeño y sevillano, debiendo inventar suertes y mañas para librarse de la cornada traumática. El torero era el bajo pueblo español, el campesino, que estaba a la intemperie, expuesto a las cogidas y a la miseria. Mientras que el torero toreaba solo, condenado a la muerte, sin indulto, cuando el torero no debe morir, porque en ese caso no se realiza su plan de recuperar la tierra, comprándola, fallando por completo su sino, aparece un hacendista, D. Luis López Ballesteros, Secretario del Despacho de Hacienda de Fernando VII, que apoya los proyectos del Conde de Estrella para establecer en Sevilla una Escuela de Tauromaquia, donde puede aprenderse una enseñanza preservadora de perances. El propósito es educador, humanitario, filantrópico; pero, como todas las grandes creaciones españolas, opera con una dimensión viril: es compasivo, pero no es endeble ni alfeñicado. López Ballesteros fué el mejor Ministro de Fernando VII, el que puso orden en el desbarajuste de las cuentas y del Estado, un Ministro viril, en tanto que Calomarde, enemigo de la instalación de la Escuela de Tauromaquia, fué Calomarde.

Si se hubiera perfeccionado de este modo, recogiendo desde el Poder los impulsos nativos de esa ambición española que se media con un peligro mortal para vencerle y para recobrar la tierra milenaria de su pertenencia, nuestro siglo XIX hubiera sido un siglo cabal, sin cara y cruz, sin anverso y reverso, instruyéndose el pueblo más bronco en esa especie de gimnasio para pulir facultades, en aquella Universidad popular regida por Pedro Romero; pero el ensayo duró desde 1830 hasta la fecha del fallecimiento del rey, cuando empieza la ficción del Régimen liberal en España y cuando se desamortiza la tierra y la fiesta nacional de los toros se convierte en una fiesta en litigio. Sus postreras consecuencias partidistas fueron que el periódico *El Sol* se resistiera a publicar en sus páginas grises y anabaptistas ninguna reseña de toros, queriendo ignorar la existencia de millones de españoles que eran partidarios, y sobre todo la existencia de los toreros. Cuando se logra un torero como *Martincho*, como *Paquiro*, como *Pepe-Hillo*, como *Cúchares*, como *Lagartijo*, como *Reverte*, como *Espartero*, como *Guerrita*, como *Joselito*, como *Manolito*, su sola figura llena una década, una eternidad de la Historia de España; porque los días cotidianos están repletos de los trabajos de los toreros sin nombre. La postura de *El Sol* no fué la actitud de Eugenio Noel, adversario de los toros, pero enteradísimo de la sabiduría taurina. Enfrente de *El Sol*, el semanario más generoso de nuestro tiempo ofreció dos columnas constantes a la sección con la rúbrica de "Escuela de Tauromaquia", inserta en *El Español* entre 1942 y 1947.

Después de la guerra de independencia y de liberación de España por Francisco Franco, las profesiones intelectuales, hipócritamente resentidas por el menosprecio que suponía la fundación real de una Escuela de Tauromaquia, se han reconciliado con los toros, y sobre todo con los toreros. Ortega y Gasset prepara su interpretación metafísica de la fiesta y hasta la biografía de algún torero, mientras que Eugenio d'Ors está a punto de editar su libro de las Tes (toros, títeres y teatro). En los poetas hay desde Gerardo Diego a Rafael Morales, el del "Poema del Toro"; todos son taurófilos militantes, como si Fernando Villalón, espiritista y metapsíquico, ganase esas batallas después de muerto. Giménez Caballero denunció en 1931, un mes antes de la llegada de la República, el origen republicano y europeo de las corridas de toros, reivindicando el feudal torneo a la jinetada; pero Giménez Caballero es un aficionado integral, desde que iba con su padre, abonados, a una barrera. La generación de escritores falangistas organizó un homenaje falangista, y D. Pedro Rocamora ha permitido que toreros y ganaderos asaltasen la tribuna del Ateneo, que era el cogollo de la España liberal y antitaurina. No hay un obstáculo a la fiesta nacional; pero, ¿dónde están los toros, dónde están los toreros, dónde está el público? El público, que antaño comía en las plazas criadillas de toro, mientras que hogaño injiere leche con cacao o falsa "coca-cola", es ingenuo, veleidoso, versátil. Recordaba Benavente que los partidarios de *Lagartijo* se hicieron esparteristas, en vez de secuaces del *Guerra*, que era el heredero directo del Califa, en tanto que los hinchas de *Bombita* se transformaron en belmontistas, en lugar de haber seguido a *Joselito*, en conexión con Ricardo Torres. El público no adquiere casi nunca personalidad, llamándole de bulto y con desdén "Sobaquillo" los aficionados, y "Don Modesto" los espectadores. Los toros dependen de las camadas en relación con el año agrícola. Yo, que no soy un lince, pronostiqué en un artículo publicado en octubre de 1949, "un año sin toros", como consecuencia de la sequía del año 1945, y hemos tenido un año de novillos y de novilleros. En cuanto a los toreros, la fibra, el soporte y el porqué de la fiesta, estoy convencido de que han de subsistir brillantemente; porque todavía hay tierras que comprar y labrar en España.

Esta es la fiesta ESPAÑOLA

Por JUAN APARICIO

